

REVISTA
 REVISTA ILUSTRADA DE TRES ETRAS X
ARIEL LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR — CLEMENTE PALMA

AÑO III

Lima, á 22 de junio de 1907

U. N. M. S. M.
 BIBLIOTECA CENTRAL
 HEMEROTECA
 FONDO ANTIGUO

NUM. 44



Universidad del Perú. Decana de América

Espejo de Venecia

(Cuadro de J. Blanche)—«Salón»—1907

Un pueblo muerto

En los nidos de antaño,
no hay pájaros ogaño.

CERVANTES—II. LXXIV.

EL pueblo gris de Rusiñol existe, existe con su calma dulce y silenciosa, con su colorido opaco, con su tristeza de cementerio, con su olor á tomillo y á madreSelva. En la porción más agreste de la comarca y en el fondo de una hondonada, oculta entre unos sauces viejos y mustios, que solo dejan ver un campanario derruido, dorado por los arreboles de un sol poniente, allí está la aldea. Bordéala un pantano, imágen de su vida, en el que verdean las rosas del agua, flores raras y extrañas como la vida del pueblo. ¿Acaso las emanaciones de la ciénaga, los vapores de la charca, habrán adormecido á sus moradores? La naturaleza lo domina todo con los perfumes de sus flores, con su olor á campo y á establo. Los postes del alambre telefónico reverdecen y en él se posa una hilera de gorriones alegres y cantores. El pantano entona un eterno silbido y las chicharras empiezan su himno monótono á la tarde. A la entrada del pueblo hay una fuente: las mozas van á ella con el cántaro al brazo, á peinar sus cabellos en el espejo de las aguas. Este pueblo tan poético y triste es el pueblo de Surco, vieja aldea que se derrumba y muere; que tuvo en otros tiempos pasadas grandezas, que están pregonando los portales en ruina de sus antiguas casas solariegas, y cuentan los abuelos que hasta rodaron por su plaza solemnes cabezas. ¡Oh, la plaza del pueblo, qué plaza tan grande, tan vacía y desierta! Solo la cruzan en lenta caravana viejos que cabalgan en asnos pacientes, pobres viejos que se aduermen arrullados por el andar lento y perezoso de sus cabalgaduras, que solo dan señales de vida en el movimiento de sus pies acompasado y rítmico.

Las calles del pueblo son largas, tan largas y muertas que han llamado á la una calle de la Amargura; sombréanla unos árboles verdes, oscuros y frondosos, y de trechó en trecho, como rompiendo la monotonía, un ramillete de retamas silvestres. Por entre las verjas de las huertas se divisan como una alfombra de verdura, los sembríos de margaritas y de juncos.

¿Y las gentes, donde están los moradores de la aldea desierta?—A la puerta de sus casas tomando el sol en sillas tan antiguas como sus dueñas, están las abuelas peinando á las nietas ó haciendo calceta. Los chiquillos parecen viejos, ni rien, ni gritan, ni juegan, y los perros que no son como todos sus hermanos, ni ladran, ni se mueven. ¡Qué tristeza tan grande la tristeza del pueblo! Sus casas son pequeñas y bajas, la eterna regularidad de sus puertas y ventanas oscuras hace pensar en las negras bocas de los nichos. Las puertas se quejan y chillan al abrirse ó cerrarse, pues la carcoma ha hecho su morada en ellas, como que fueron hechas por los padres de las que hoy son abuelas. Llamán á la una «casa del Jabonero», ¿Por qué? Nadie lo sabe, nadie lo pregunta, nadie podría decirlo. Un vago misterio se une á su belleza: es-

tá sombreada por un suche secular y florido; enreda en su techumbre un blanco jazmín, y una tosca verja cierra su puerta, temiendo que alguien escapase. Inútil precaución. La casa está desierta y sola. Es el pueblo ideal para los amantes de la soledad y del silencio.

En las mañanas alegres del domingo, la campana llama á misa, pero no sé que timbre sombrío tiene el sonido de ese bronce, que parece un lamento, un doble funerario. La iglesia abre su postigo y dos filas largas, monótonas, de feligreses y labriegos desaparecen en él. La iglesia, vieja y fría, huele á humedad, á flores marchitas, y conserva ese olor acre de los cirios apagados. Como los vidrios de la linterna de la bóveda hace muchos años que desaparecieron, las palomas anidan y revolotean por la cornisa de la iglesia. Los fieles llevan en ofrenda ramos de margaritas y de albahacas y un aliento de primavera inunda los altares. En la penumbra misteriosa de los retablos negros y oscuros, apenas disipada por la luz amarillenta de los cirios, se entreven santos moribundos y ensangrentados. De un zahumador de plata se eleva una columna de incienso. El oficio termina; los mozos del pueblo con sus trajes de fiesta se ponen del lado de una cruz gigantesca é historiada, para ver salir á las mozas. Yá pasan, yá se pierden, yá vuelve el pueblo á su sueño. Hasta el amor lleva ese sello de apacible tristeza de la aldea. Los amantes van á la fuente y allí se miran y se vuelven á mirar en las aguas, para volver á subir luego la cuesta que al manantial conduce. Son las doce, y, como el domingo hay merienda en casa del pastor de almas, un dómine largo y apergaminado, con grandes gafas, manteo y sombrero de teja, comienzan á reunirse los concurrentes; el juez, el boticario, el barbero, que es también albeitar, y otros notables más. Preside el dómine en silla de baqueta, recuerdo único de la pasada edad. A la sobremesa se cuentan leyendas, se narran historias, pero siempre las mismas, porque la novedad ha tiempo que se marchó del pueblo.

No hay pueblo sin fiestas, y en este, precisamente por la necesidad de olvidar un momento esa eterna nostalgia, las fiestas son su vida. Alegrá ver correr un manantial después de contemplar la inmóvil quietud del pantano. Aquí las fiestas son tan raras y viejas como el pueblo. Epoca hubo en que la reina de ellos eran los moros y cristianos. Se representaban hazañas caballerescas, se lucían los aceros y se exhibían trajes y caballos; la plaza se convertía en palenque, y la multitud se apiñaba en derredor. Pero pasaron los tiempos, y con ellos los moros y cristianos. Hoy sólo suenan por la Pascua la flauta y el arpa, que acompañan el baile de las payas y la algarabía que de tarde en tarde ocasionan las jugadas de gallos. Quedó, empero, una fiesta religiosa y original, que rompe la quietud del pueblo, que lo preocupa y agita. Reúñense los hermanos y eligen mayordomos, apréstanse los pecadores y los devotos agradecidos para vestir el hábito del penitente en la procesión del Viernes Santo. En mis tiempos, que ya también soy viejo, era en una

de esas noches cálidas á la luna de marzo. Una luna pálida, que se levantaba lentamente de los trágicos montes de San Juan, alumbrábala vagamente con su plateada luz, haciéndola misteriosa cual procesión de sombras y fantasmas. Después de descender de la cruz á un cristo yerto y amoratado, cuya larga y sedosa cabellera perfumaban aromas naturales, se le depositaba en un sepulcro florido y extraño. Lo acompañaba llorosa una muñeca pálida y denegrada: la Dolorosa. Seguíánla, rígidos y mudos, los penitentes en ayuno, encapuchados de blanco, con los aceros desnudos. Uno de entre ellos, varón santo y virtuoso, hacía de Chreistos, enmascarado y cubierto con larga túnica y cargaba un leño enorme y pesado. Este conjunto, que tiene de aparición y desfile de penas y ánimas, era alumbrado misteriosamente por la vacilante luz de las velas que llevaban los viejos y las viejas de la aldea, y la lenta procesión se desenvolvía dolorosa é irónica por la calle de la Amargura. ¡Parodia admirable de la Via Crucis de Jerusalem! ¡Encarnación de la procesión de ánimas con que tropezó el Hidalgo de la Mancha! También se fué, perdió su poesía velada con la luz del día, y como caricatura ha quedado hoy sólo una ridícula mascarada.

Pero, más que el pueblo en fiesta, me encanta el pueblo de siempre, el pueblo muerto, el pueblo de los mozos que á la alborada se van al trabajo, de las mozas de la fuente; en que sólo quedan las viejas, los chicos y los pe-

ros; las viejas que se aduermen en el silencio de un mediodía estival y los chicos que parten á la escuela. A la caída de la tarde suena el Angelus la campana de la iglesia, escúchase el mugir de los ganados que vuelven á los establos, el sonido de las esquilas, el balido de la ovejas. Los bueyes, cansados y sedientos después del trabajo, desfilan hacia la fuente; les siguen los mozos tañendo un rondín ó entonando una copla cuyo sonido repite el eco. Y, luego, nada. Entórnanse las puertas y uno que otro quinqué alumbrá las penas sus calles negras y desiertas. Cuando voy á ese pueblo, hastiado de la ciudad, de su vida, de los hombres, pienso qua la felicidad reside en esa aldea callada y solitaria. Pero ¡oh ironía! sus moradores, los pacíficos campesinos, envidian la vida y el bullicio de la ciudad. Esa es la más grande de las tristezas de la vida: nadie está contento con su suerte, nos agita siempre una sed de nuevas impresiones. Sin embargo, el ideal de una cierta felicidad no es tan lejano é irrealizable; está en el desarrollo libre de una actividad, de una energía en el trabajo. Así lo sintió Ruskin, el maestro, cuando dijo: «ved las cosas que hacen felices á los hombres, velan para que germine el grano ó crezcan las flores, respirar penosamente sobre el arado y la pala, leer, orar, amar, pensar.»

JUAN B. DE LAVALLE.

MCMVII.

AYER Y HOY

A mi inolvidable compañero

Aún en mis oídos tu voz resuena,
Mi corazón llenando de amarga pena,
Cuando al salir de casa por un instante
De mí te despedías con beso amante:
—¿Sabes dónde te espero?— Sí, vida mía,
En el lugar de siempre: La Librería.
Y al encontrarnos luego, ¡cuánta ventura
Revelaban tus ojos, y qué ternura!
En esas dulces horas crepusculares,
Perfumadas de rosas y de azahares,
Irradiar yo veía sobre tu frente
Toda la augusta pompa del Sol poniente!

Es otra Librería donde hoy te miro (1)
Y al contemplarte exhalo; qué hondo suspiro,

Fiel eco de la pena que me demora,
Pues quien allí en las tardes me aguarda ahora.
Es tu retrato sólo, tu imagen fría,
Sin voz, sin movimiento, sin alegría!
Acude á mis pupilas acerbo llanto,
Mi sér entero agobia mortal quebrante,
Y en estas largas horas crepusculares
Sola con mis recuerdos y mis pesares,
Hacia la tierra inclino la mustia frente
Con toda la tristeza del Sol poniente!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, mayo 21 de 1907.

(1) Alude á un retrato de Llona que se exhibe actualmente en la Librería «La Viña» de esta ciudad.

DE PROVINCIAS

Departamento de Lambayeque



Plaza de Chiclayo



Muelle de Eten



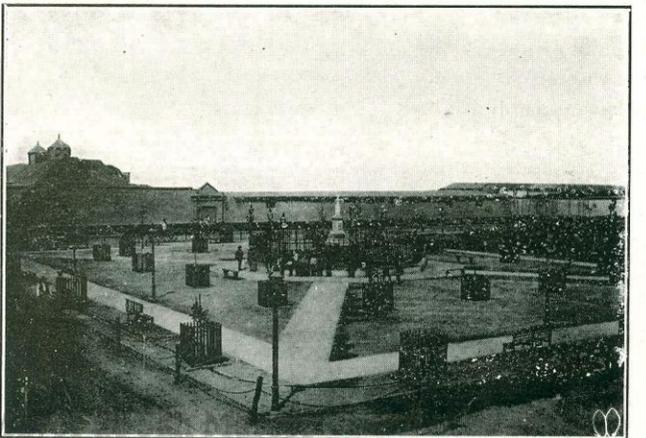
Plaza de Ferreñafe



Plaza de Monsefú



Plaza Lambayeque



Chiclayo.—Plaza Aguirre

CAMPO SANTO

(OFRENDA DE CARÍO DEDICADA AL RECUERDO DE LA SEÑORITA MARTHA FURLONG)



MARTHA, estás ausente ya del mundo de los vivos. El tiempo, con su marcha veloz, te dejará atrás en pávida lontananza; la claridad de tu imagen se borrará, y el dolor que embarga hoy la atmósfera se desvanecerá como las coronas que marchitan sobre tu tumba recién cavada. La naturaleza, vigorosa y eterna, sigue creando seres por cada organismo que se deshace, seres tan preciosos como los anteriores, tan hechos para amar y ser amados. Pero tú, Martha, has cerrado con llave de oro una época de mi existencia, porque las compañeras nuevas que encontraré no conocerán los recuerdos que llevamos en el cerebro juntos, tú y yo. Nosotros dos evocabamos con una palabra los días felices en mi hogar, las luces en la bahía del Callao, la caída vaporosa de las aguas de la altura de Tangachuco.

Jamás al pensar en tí pensé en la muerte; pensaba en todo aquello que significa alegría, solaz y afecto. Tú perteneces al círculo de las almas puras que simbolizan una sonrisa en el cielo como en la tierra.

Yo te veo al lado de mi padre, no muerta, sino rebozando en los juegos de tu inocencia infantil. No puedo echar el manto de la tristeza sobre tí que tuvistes el corazón ligero de los niños buenos y te extraviasteis en elmás allá sin sospechar la falta que harías á los tuyos.

«Un cambio incesante, tal es la vida», he aquí la frase en que mi madre condensa la solemnidad de sus meditaciones y la vehemencia de sus pesares. Es el cambio á la vez que el milagro perenne con que Dios refresca nuestro ánimo, y la sentencia severa con que nos niega las cosas que han pasado. ¡El cambio es la herida abierta para los unos y el secreto oculto para los otros que no lo sienten! En el bullicio de la actividad diurna cuantos hombres no se dan cuenta del instante en que el sol pasa el meridiano. Puede haber culminado el astro del día en nuestro zénit sin que lo sepamos. Pero poco á poco nos apercibimos de los vientos de la tarde, y el primer callar de los pájaros nos hace pensar en las voces que se sumirán en silencio después. Sí, la dirección invertida de las sombras nos dice que las esperanzas se van tocando en retrospectivas. Llegará al fin la hora en que no deberemos ya pedir, sino dar las gracias por lo recibido.

¿Martha, con que te compararé para pintar tu retrato?—con el domingo entre los siete días de la semana.

Eras la paz, porque en tu leal cariño podía descansar la fé de tus amigas; eras el recreo, porque traías contigo la simpatía por los placeres bellos y sencillos. Permanecías ajená á las luchas, las dudas y los problemas del trabajo, y en la mirada de tus ojos azules se transparentaba un sueño religioso. Tu espíritu rechazaba el mal, así como á las puertas de la iglesia se repudia las manifestaciones no sagradas. Ni la obsesión del deber austero, ni el afán de obras arduas oprimía tu pecho. Tu vida no fué un cielo completo de la existencia: fué solamente la aurora de la hebdómada, el proemio del porvenir.

Duerme en el cementerio, duerme. Siempre te aceraste sin temor á tu lecho, la sepultura de tu hermanito cubierta de violetas. ¿Te quejas en los brazos de la madre que te acuesta? Pobre Martha, es que acabó el domingo y vienen los días graves. Afuera se quedan las mariposas multicolores y las hierbas fragantes que te gustaban. Desde las torres lejanas suena la campanada que despide una fecha cumplida.

¿Con qué razón señala el calendario cristiano el domingo como principio de la semana, cuando según la ley del Antiguo Testamento el día de descanso debiera terminarla? Hubo la necesidad de establecer esta diferencia entre la religión del hijo y del siervo. El padre prodiga un temprano obsequio mientras que el amo reserva un pago tardío. En las seis jornadas en que lo bajo y lo común abundan, tenemos el privilegio de llevar con nosotros la sensación de amar y el recuerdo de una realidad suprema. De nuestra conciencia parten el calor que disuelve el hielo y la luz que alumbra las tinieblas.

Las almas sanas no se lamentan; se distinguen por el aire confiado con que se pasean entre los túmulos funerarios y el interés con que se dejan distraer por los fenómenos infinitos del orden universal.

Ella fué sana, la que visitamos aquí. Quiero espantar de su oído los suspiros enfermizos y brindarle alegría y salud. Delicado es el grano que se echa en el surco. Tal vez que al sembrío de ayer le dieron lluvia cuando pedía sol, ó le dieron sol cuando pedía nieve. ¡Dios grande, permite que este germen que te encargo crezca hasta alcanzar la plenitud del desenvolvimiento!

DORA MAYER.

Callao, junio de 1907.

EL "REAL FELIPE"

UN PLAN AUDAZ

I

Hemos llegado al día dieciseis de julio de 1818.

De entre las enramadas de la huerta de Presa surgen, como rumores de bulliciosos manantiales, gritos de alegría, risas estridentes, cantos y aplausos.

Hermosas hijas del Rimac celebran allí el aniversario de su natalicio; las libaciones perturban los cerebros y agitan los nervios; y el baile, ese rítmico movimiento, calma, en parte, la anormalidad producida por el licor.

Mientras al placer se rinde culto en ese templo, que tiene por cúpula el azul de los cielos, en la sala que ya conocemos un grupo de hombres se entrega á otros deleites, á otros ensueños; á forjar ilusiones quizás, nacidas en medio de la embriaguez que produce la persecución de un ideal; de la embriaguez del niño que cae y rueda hasta lo más hondo del barranco, cuando risueño corría tras de la multicolor mariposa. (1)

El domingo 19 de julio estaba fijado para celebrar una revista militar: unas maniobras, un simulacro de vida de campaña, al que llamaron el «Campo volante».—Las tropas españolas debían salir á los alrededores y simular una acción de guerra en defensa de la plaza. La ciudad quedaría casi desguarnecida y la atención del virrey y los jefes distraída en esa operación.

¿Qué mejor oportunidad para dar el golpe decisivo, la sorpresa cuidadosamente preparada y lista ya para ser ejecutada? (2)

Favorecía aun más la ejecución del plan la circunstancia de que en ese día, tres de los comprometidos pertenecientes al «Real Infante», los cabos don Luis Ramírez, don José Zaura y don José León, entrarían de guardia en el principal y la prevención. (3)

Así lo pensó el comante Gómez y ese pensamiento obtuvo la aprobación de sus leales y audaces colaboradores.

Es tiempo de que descubramos el proyecto; de estudiarlo y hacer su análisis con sano criterio, sin prejuicios ni apasionamientos.

Tenemos los datos necesarios para apreciar si era factible, ó sólo un delirio de imaginaciones enfermas; de hombres sin criterio, de espíritus desequilibrados, ó enloquecidos por la obsecación que les producía la idea de la independencia.

II

El plan, que con rara uniformidad describieron ante la justicia los actores don José Gómez y José Casimiro Espejo, era el siguiente:

Contando Gómez, como ya contaba con la tropa del batallón tercero del regimiento «Real Infante don Carlos», diez ó doce hombres entrarían en el castillo en las primeras horas de la noche.

Envueltos en sus ponchos ó en capotes militares y cu-

(1) Las fiestas del 16 de julio en la huerta de Presa están comprobadas con los testimonios de doña Narcisca Gómez, hermana de don José; y de doña Francisca Vergara de Pagador.

(2) El 20 de julio, decía don Vicente Vivanco: «---Vea usted. ¡Qué conejos estos! Nunca mejor que ayer para apoderarse de la plaza del Callao y cuarteles de la ciudad.»

(3) Instructivas de José Casimiro Espejo y confesión de don José Gómez.

biertas las cabezas con gorros de cuartel, de los que usaba la infantería española; colocados lejos de la vigilancia inmediata de los superiores, simples soldados de la guarnición, al parecer unidades perdidas, en las cuadras y el canchón; y bajo la protección de los cabos y sargentos del cuerpo, á las doce de la noche, los conjurados y sus cómplices militares, dueños de las armas y de los puestos de guardia, abrirían las rejas de los prisioneros, y, sin resistencia, sin disparar un proyectil el castillo sería suyo.

Apresado el Teniente Gobernador; cambiados los centinelas; custodiadas las entradas de la fortaleza por los prisioneros; establecidas partidas en los caminos de Lima, se obligaría al jefe de la plaza á firmar un oficio para el Virrey, breve y conciso, pero apremiante.

—Los prisioneros se han sublevado y tomado algunas armas, quejosos del mal tratamiento que dicen se les dá. No quieren ceder mientras su excelencia no los oiga y garantice, bajo su palabra de honor, mejorar su condición.

«Si su excelencia se presenciaba, sería igualmente «preso y se le haría firmar oficios para el señor Inspector (4) y jefes de los cuerpos residentes en Lima, para «que se presentasen en el indicado castillo del «Real Felipe» para el consejo de guerra que debía celebrarse contra los dichos prisioneros por haberse sublevado y hecho «armas, lo que, verificado, serían arrestados del propio modo.» (5)

Más vastas eran las aspiraciones de los revolucionarios.

Apoderarse de la fragata de guerra «Venganza», y demás buques surtos en la bahía, mientras fuerzas destacadas de la plaza irían á apoderarse de los cuarteles de Lima, al mando del comandante don José Gómez, y «provoacar un levantamiento general en el Perú y entregar el país á San Martín.»

III

Los siguientes fragmentos de declaraciones recibidas revelan el proyecto, en toda su extensión, y comprueban las aserciones que acabo de exponer.

Dice José Casimiro Espejo en 5 de octubre de 1818.

«Que Gómez le manifestó en el camino de esta ciudad para Santa Olaya que ganado el castillo y preso el Teniente Gobernador hacerle firmar las partes para el excelentísimo señor Virrey, señor Inspector, Mayor de la plaza y jefes manifestando en ellos ser precisa su presencia en aquella plaza, pues tenía que comunicarle asuntos arduos, y luego que entrasen en ella las personas citadas, levantar el puente levadizo y arrestarlas é inmediatamente mandar á Zababuru en la fragata inglesa con el aviso de lo que había ejecutado á San Martín.—Que para ese plan contaba con los prisioneros de casas-matas.»

El comandante don José Gómez puesto ya en capilla, el 1º de enero de 1819 se expresa así:

(4) El señor general La-Mar.

(5) Textual en la declaración de Gómez.

(Continúa).



JOYELES BARBAROS

LA literatura uruguaya es para nosotros casi desconocida. Poco, muy poco sabemos de ese pintoresco país, en el que Rodó cincela con paciencia de ofebre la palabra y ennoblece los contornos de su prosa perfecta.

Entre los más notables literatos orientales figuran Víctor Pérez Petit, crítico, cuentista y poeta. Es un cerebro robusto y sólido, de amplia cultura, entusiasta de D'Anunzio el admirable, espíritu refinado, sensible y artístico.

Pérez Petit en sus primeras campañas esgrimió el látigo de la crítica. Sus páginas valientes y fustigadoras le obtuvieron cosecha profusa de malquerencias y odiosidades. Cansado de tan austero sacerdocio se enderezó por sentido diverso. Penetró en la novela y en el cuento y hoy, finalmente, se nos presenta en el verso.

Una notable evolución ha experimentado el credo artístico de este escritor. En *Gil*, su primera novela corta, se manifiesta amante del naturalismo, ferviente de Zola. *Gil*, es un libro amargo y desolado, envuelve un pensamiento trágico y humano. Sin embargo, encuentro en él un detallismo asfixiante y una marcada exageración escolástica. El sectarismo naturalista, el zolismo fanático que guió los primeros impulsos de Víctor Pérez Petit, le han hecho concebir el tipo de ese *Gil*, hijo fatal de una herencia de prostitución y de presidio; modificado momentáneamente por la educación, pero víctima al fin, de un legado de desequilibrio, de neurosis y de locura.

Al leer este libro se comprende que el autor está fuera de su esfera, y que solo pueden haberlo encaminado por ese rumbo una imitación artificial, y no verdaderas simpatías de tendencias, y afinidades de temperamento. Y pese al grotesco elogio con que le brindó Vargas Vila, Pérez Petit ha cambiado de orientación. Dejó de un lado los higos naturalistas y entró de lleno en una producción compleja y variada. Explotó el cuento en sus múltiples formas. Los ha escrito galantes y ligeros, de aristocráticos perfiles, graciosos é intencionados como: *La liga* y *Sugestión*. Los tiene de hondo análisis psicológico como: *Crimen de Juan Irisar*, trágica historia de venganza y de dolor y también los hay delicados y poéticos como: *La música de las flores*. Escritos todos con estilo animado y colorista, con frase flexible y armoniosa.

Creo que son estos cuentos lo mejor de su producción, lo más notable de ella, lo que más durará de su obra.

El libro de versos que acaba de publicar con el título de *Joyeles Bárbaros* es una colección de sonetos en la que predominan las evocaciones históricas y los paisajes de la naturaleza. Víctor Pérez Petit, como poeta, pertenece á la escuela parnasiana, sus visiones son objetivas y plásticas. La emoción que produce no dimana del poeta sino que se desprende del cuadro que nos pinta.

En su tríptico titulado *La misión del Gólgota* se encuentra el siguiente soneto:

Un día allá en Judá un pueblo entero
en un vértigo inmenso de locura,
clavó una cruz en la montaña oscura
y en medio de la cruz á un Justiciero.

Tembló el orbe. Y el sol en un postrero
resplandor, proyectó por la llanura
la sombra de una cruz, cuya figura,
parecía abrazar á un mundo entero.

Luego vino la noche, lentamente,
callaron los rumores. El ambiente
se estremeció con un horror incierto

y los astros oyeron con espanto
surgir de pronto el formidable llanto
de los grandes leones del desierto.

Mas en *Joyeles Bárbaros*, al lado de sonetos tan hermosos como el que acabo de citar, se hallan otros inarmónicos en su factura, duros en su ritmo y desacertados en sus metáforas. Pérez Petit tiene sentimiento y abundante inspiración poética; pero le faltan conocimientos en el arte de versificar y dominio de la métrica y del ritmo. Se nota en sus sonetos labor de depuración y cincel; pero poca propiedad en los términos. Hace á veces uso de vocablos rebuscados é impropios que no sólo dislocan un verso, sino que hacen desmerecer inmensamente composiciones como las suyas que aspiran á la pureza de la forma.

Entre la prosa y los versos de Pérez Petit existe una notable diferencia. Como prosador Pérez Petit es un artista verdadero, un virtuoso de la palabra, un *conteur* distinguido; como poeta le hallo, desigual, falto de originalidad y con muchas pinceladas falsas.

El milagro de Zobeida

SIEMPRE prudente y sabia, Zobeida alargó despacio la cabeza entre dos ramitas de mirto, á fin de averiguar qué clase de gente hablaba junto al surtidor de agua, á la sombra fresca del muro de ladrillo rojo, y cuando vió que era el reverendo John Feathercock, su señor y dueño, discurriendo como de costumbre con Mohamed-si-Koualdia, se dirigió hacia ellos resuelta, aunque lentamente. Cuando estuvo cerca se detuvo, y diría-



se, al ver el brillo de sus ojos negros, que los escuchaba atenta. Pero es lo cierto que su minúsculo cerebro, su boca y su vientrecillo, sólo deseaban la pulpa amarilla y perfumada de un pastel colocado sobre la mesa, al pie de las grandes copas casi llenas de la nieve de los sorbetes. Porque Zobeida era una tortuga de la especie ordinaria que se encuentra entre la hierba de los prados, alrededor de Damasco.

Mohamed continuaba su historia:

—...Por eso te digo ioh reverendo lleno de virtudes! que el león que vive cerca de Tabariat era en otros tiempos un león muy fuerte, un león extraordinario: el león de los leones. Todavía puede matar un camello de un zarpazo, y después de hincarle los colmillos en el espinazo, echárselo á lomos de un boleo. Por desgracia suya, un día que cazando había derribado un cabra de un bufido, exclamó: «¡No hay más Dios que Dios, pero yo soy tan fuerte como Dios!» Y Alá que le escuchaba, Alá el Todopoderoso dijo en voz alta; «¡Oh, león de Tabariat, intenta llevarte tu presa!» Entonces el león clavó sus dientazos entra las vértebras de la cabra, detrás de las orejas, para sacudirla y echársela sobre el lomo, y todo fué tan inútil como si tratara de levantar el monte Libano; y se cayó y se rompió una pata; y entonces, la voz de Alá resonó de nuevo: «¡León de Tabariat, nunca jamás podrás matar una cabra! ¡Acuérdate!» Y así ha sucedido. El león de Tabariat conserva fuerza bastante para arrebatar un camello, á pesar de su cojera, pero es incapaz de hacer el menor daño á un cabrito recién nacido, desde entonces.

—Mohamed—dijo el reverendo Feathercock con desdén,—esos son cuentos para niños.

—¿Rehusa creer que Alá puede hacer cuanto quiere, y que el mundo entero es un perpetuo sueño suyo? ¿Y tú que eres cristiano, reniegas del sumo poder del Hacedor?

—Soy cristiano—dijo el reverendo con cierto embarazo,—pero desde hace mucho tiempo nosotros los pastores del Occidente civilizado hemos convenido en que Dios no podría, sin desmentirse á sí propio, cambiar el orden natural de las cosas por el establecido cuando creó el uni-

verso. Creemos que la fe en los milagros es una superstición buena para vosotros los musulmanes que vivís en la ignorancia de la Verdad, y para sacaros del error, he venido yo aquí, humilde pastor de la Iglesia reformada.

—Invocando el nombre de Alá—respondió Mohamed con gran solemnidad,—y por virtud de la clavícula de Salomón, podrá yo hacer que esa tortuga que nos escucha creciese todos los días el tamaño de una uña.

Y al pronunciar estas palabras, hizo un movimiento que obligó á Zobeida á replegar su cabeza bajo el caparazón.

—Tú no puedes hacer eso—dijo el reverendo;—tú, Mohamed, un hombre lleno de pecados, un musulmán que yo he visto borracho...

—Yo estaba borracho—replicó Mohamed,—pero menos que tú.

—¿Serías tu capaz de forzar la voluntad de Alá?—prosiguió el reverendo.

—Inmediatamente—dijo Mohamed, mientras cogía á Zobeida y la colocaba sobre la mesa.

La tortuga, asustada, había vuelto á replegarse sobre sí misma y sólo se veían los cuadros amarillentos cercados por líneas negras de su caparazón, junto al pastel jugoso.

Y entonces Mohamed pronunció lentamente las siguientes palabras:

—Tú misma eres un milagro, ioh tortuga! Porque tu cabeza es de serpiente, tu cola de rata de agua, tus huesos de pájaro y tu pelo de piedra. Eres un milagro ioh tortuga! porque se diría que sólo eras una concha, y, sin embargo, eres un animal que come. Come, pues, de ese pastel ioh tortuga! y crece esta noche el tamaño de una uña de mis dedos. Crece ioh tortuga! si Alá lo permite. Y cuando hayas crecido esta noche el tamaño de una uña de mis dedos sigue comiendo otro pastel, y sigue creciendo todos los días hasta llegar á tener el tamaño de una mezquita. Tú eres un milagro; haz otro milagro, si Alá lo permite, ¡si Alá lo quiere!

Zobeida, tranquilizada por la monotonía de aquella voz, se decidió á sacar primero la punta de su hocico, después sus ojillos negros, su cola gruesa y dura y sus fuertes patitas. Vió el pastel, hizo un gesto de asentimiento y empezó á comer.

—¡Bah! será inútil—dijo el reverendo un tanto turbado.

—Ya verás—respondió Mohamed gravemente.—Veré mañana.

Y en efecto, al día siguiente volvió, midió á Zobeida y exclamó:

—¡Ha crecido!

Al otro día el reverendo Feathercock se levantó muy temprano, midió la tortuga y observó que seguía creciendo. El reverendo permaneció silencioso.

Y de día en día Zobeida crecía en dimensiones, en vigor y en apetito. Al principio era de grande como el platillo de una taza de té, y sólo consumía pocas onzas de alimento. Después fué como un plato de postre; luego como un plato sopero. Su boca vigorosa rompía de golpe la corteza de los pasteles, y en una semana adquirió el tamaño de una fuente de pescado. El reverendo no osaba acercarse al monstruo, en cuyos ojos resplandecía un fulgor demoniaco.

Las ovejas espirituales del pastor protestante supieron que el reverendo tenía una tortuga encantada por el nombre de Alá, lo cual perjudicó hondamente el crédito de sus sermones. Pero el reverendo rehusaba obstinadamente creer en el milagro de Mohamed, que no había vuelto á poner los pies en la casa, permaneciendo á la

puerta de un cafetín sentado y meditando. Un día se presentó ante el reverendo y le dijo:

—¡Desgraciado! No has querido creer todavía. ¡Espera! ¡Desde mañana la tortuga empezará á menguar! ¡Alá lo quiere!

El reverendo trató de reír, y sólo hizo una mueca. Estaba aterrado.

El domingo siguiente, los pocos fieles que asistieron á los oficios le miraban desconfiados. Todo Damasco supo que Zobeida se había achicado. Cuando iba á afeitarse, el barbero griego le dijo: «Señor, esa tortuga está encantada.» Cuando fué al orfelinato anglicano, los niños sirios, los niños drusos y los niños judíos dibujaban tortugas en las hojas de los libros, y los aguadores, los pescadores y los vendedores de pan, de habas y de pasteles, gritaban al verle pasar: «¡Mister Tortuga! ¡Mister Tortuga...!»

Mientras tanto Zobeida disminuía diariamente, desde el tamaño de un plato sopero hasta el de un plato de postre; después fué como un platillo de taza de té, y por fin una mañana apareció como una cosita redonda, frágil, translúcida, una mancha pequeñita, como un reloj de señora, casi invisible, junto á la fuente, y al otro día no hubo nada: ni tortuga ni olor de tortuga siquiera.

El cónsul de Inglaterra llamó á Mr. Feathercock y le dijo friamente:

—Lo mejor que puede usted hacer es marcharse á fundar una misión en otra parte.

El reverendo, consternado, tomó el tren de Beyrout, y aquella misma noche, Mohamed-si-Koualdia se dirigió á la casa de Antonio, intérprete y escribiente público, y le dictó la siguiente carta dirigida al padre Estefano, prior del convento de hierosolimitas griegos:

—Pueda el cielo florecer tus mejillas con los colores de la salud, venerable padre, y que la felicidad reine en



tu corazón. Tengo el honor de participarte que el reverendo John Feathercock acaba de partir con dirección á Beyrout; pero que en sus maletas va escrita la de Liverpool, villa según mis informes del reino de Inglaterra, y así espero no volverle á ver. Espero también que me envíes la segunda mitad de la recompensa que me tienes prometida, así como un regalo para Hakem, el boy de Mr. Feathercock, que llevaba todos los días á la casa del reverendo una tortuga diferente debajo de su albornoz.

«Te ruego igualmente que hagas saber á tus amigos que puedo venderles á precios excepcionales cincuenta y cinco tortugas de diferentes tamaños, desde la mayor que se conoce, hasta la más pequeña, en la cual Alá pluga dibujar los más delicados colores y las más graciosas líneas.»

PEDRO MILLE.

Los volcanes

Cada volcán levanta su figura,
cual si de pronto, ante la faz del cielo,
suspendiesen el ángulo de un velo
dos dedos invisibles de la altura.

La cresta es blanca y como blanca pura:
la entraña hierva en inflamado anhelo;
y sobre el horno aquel contrasta el hielo,
cual sobre una pasión un alma dura.

Los volcanes son túmulos de piedra,
pero á sus pies los valles que florecen
fingen alfombras de irisada yedra;

y por eso, entre campos de colores,
al destacarse en el azul, parecen
cestas volcadas derramando flores....

Las punas

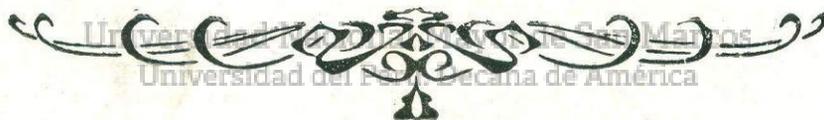
Silencio y soledad..... Nada se mueve....
Apenas á lo lejos, en hilera,
las vicuñas con rápida carrera
pasan, á modo de una sombra leve.

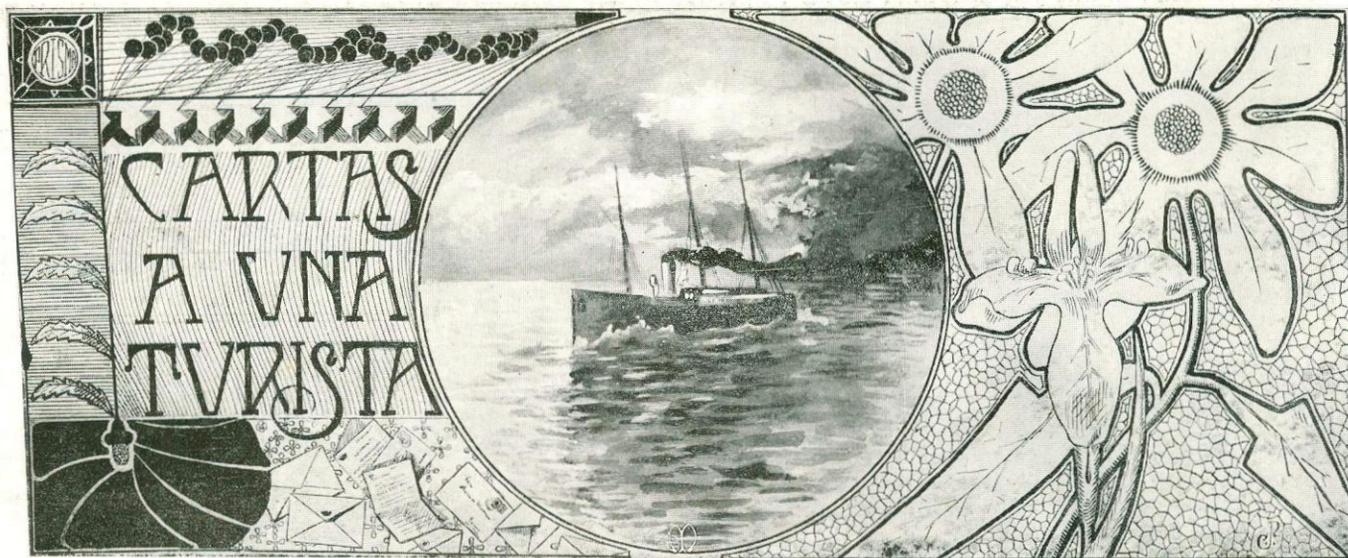
¿Quién á medir esa extensión se atreve?
Sólo la desplegada cordillera,
que se encorva después, á la manera
de un colosal paréntesis de nieve.

Vano será que busque la mirada
alegría de vívidos colores,
en la tristeza de la puna helada:

sin mariposas, pájaros, ni flores,
es una inmensidad deshabitada,
como si fuese un alma sin amores....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.





DESPUÉS del deslumbramiento de las grandes ciudades norte americanas, de la severa magnificencia de Londres, del encanto único y sugestivo de París, has sentido, al llegar á España, la impresión de confiado reposo de quien, tras una serie de fiestas suntuosas se encuentra en su hogar modesto: la mesa es pobre, la casa es humilde; pero son las propias; si como á buena latino-americana, te ha ocurrido al visitar España después de otros países más adelantados. En las vetustas poblaciones de Castilla la Vieja queda aún algo de los sombríos tiempos modioevales; en sus calles descuidadas te asalta una turba haraposa de mendigos, quizás de ociosos y vagabundos; pero te piden limosna en tu hermosa lengua nativa. Desde las ventanillas de un *sleeping car*, inferior á los vagones de primera de Inglaterra y Francia, ves extenderse, con fortificante monotonía las llanuras de la Mancha, áridas y grises; pero en ellas se esfuma la larga silueta de don Quijote, abrazado el escudo y la lanza en ristre para vengar agravios y desfacer entuertos, símbolo eterno de su raza exaltada y soñadora. El hotel que te aloja en Madrid tal vez carece de algunos refinamientos de comodidad; pero por sus balcones entra todo el atronador bullicio de la Puerta del Sol con su incesante tráfico de vehículos y su alegre vocerío de granujas, que pregonan periódicos y venden juguetes á perra grande; y es de tan limpio azul el cielo primaveral y tan grato el perfume de las tempranas lilas que flota en el ambiente, que no resistes al deseo de mezclarte á esa animación, de confundirte con esa abigarrada multitud de chulas con el pañuelo sobre los hombros para lucir los primores de su peinado, de damas que realzan con la gracia madrileña su indumentaria parisien, de obreros con blusa y boina, de *sportmans* en automóviles ó guiando lijeros carruajes, de horteras endomingados, y señoritas cursis que parecen escapadas de una crónica de Taboada, de políticos célebres y toreros famosos, de cesantes mal traídos y modistillas salerosas, todo ese variado tropel que da tan poderoso y típico atractivo á la hermosa capital de esa nación á la que los americanos consideramos como nuestra casa solariega y que sin embargo tan poco conocemos.

Sobre los lugares, como sobre los individuos, pesan ciertos prejuicios, y así como al pensar en París evocamos solo la villa de lujo y de placer, olvidando la labor continua y meritísima de clínicas y universidades, de museos y laboratorios, España se nos presenta como una nación en que no hay sino conventos y plazas de toros. Sin embargo, sus sabios y sus artistas triunfan de esa atmósfera hostil: Echegaray y Ramón y Cajal, obtienen el premio Nobel; Sorolla y Moreno Carbonero merecen primeras medallas en los Sa-

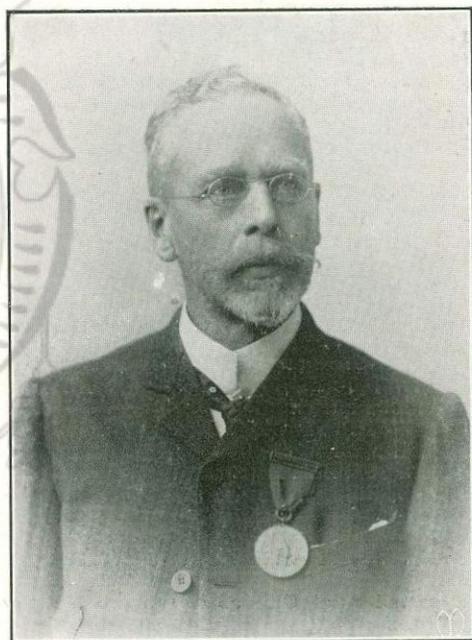
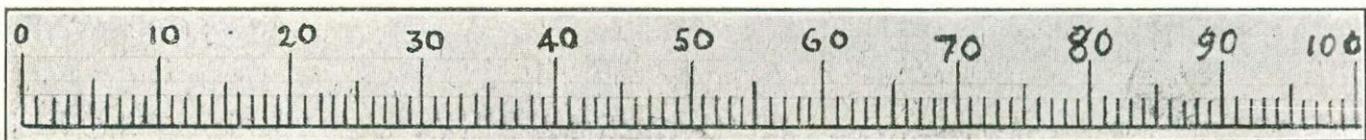
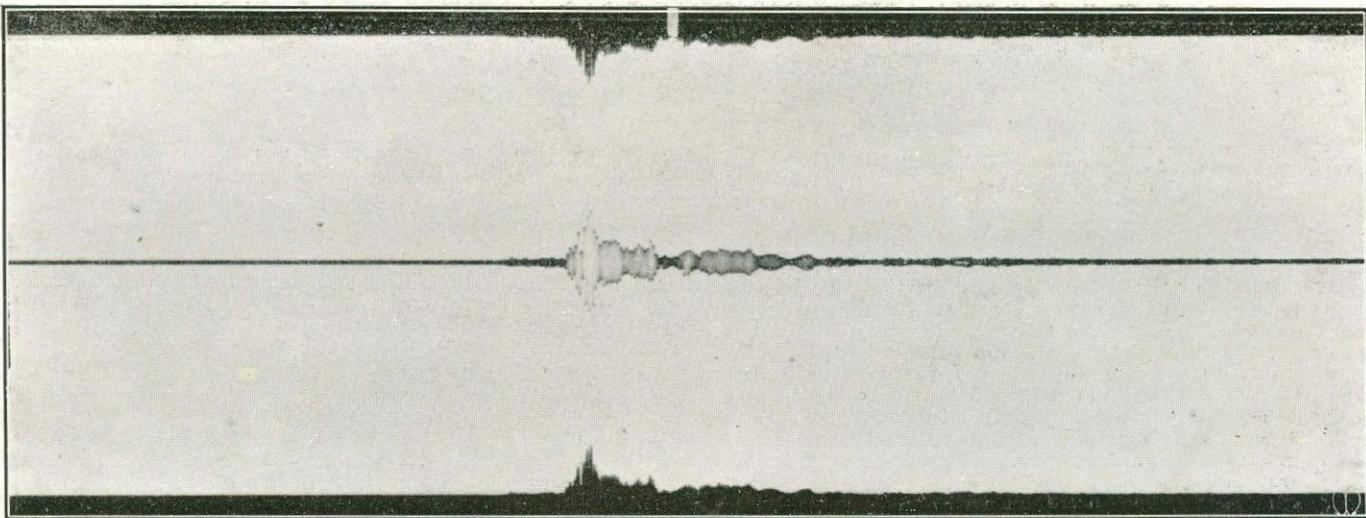
lones de París; Sarah Bernardt cede á María Guerrero el teatro de la Renaissance; en Berlín se representa la *Electra* de Pérez Galdós y en Estados Unidos se publica las novelas de Palacio Valdés al mismo tiempo que en España. Entre tanto la joven intelectualidad americana se inspira tan poco en la madre patria que el idioma en que escribe casi no es el castellano y los demás apenas conocen de la rica producción española otra cosa que la mezcla híbrida de equívocos chocarreros y decoraciones fantasmagóricas que nos dan las empresas teatrales en vez de esas joyitas del género chico en que campea el donaire castizo de Ricardo de la Vega, el fácil ingenio de Vital Aza ó la sana y risueña filosofía de los hermanos Quintero.

Quizá si la culpa de este alejamiento es de ellos más que nuestra. La dignidad de los hispano-americanos se siente ofendida al ver que bajo la cordialidad que se les manifiesta hay una ignorancia completa y casi despreciativa sobre estos países que un día fueron españoles y prefieren beber el divino líquido de las ciencias y del arte en las fuentes espléndidas de Alemania, de Francia y de Inglaterra. Apagando estas rencillas de familia se eleva la voz de la raza y por eso la satisfacción de quién se halla entre los suyos, vibra en tu carta, escrita después de un largo paseo por la calle de Alcalá y por el Retiro, mientras tu retina conserva aún el brillante espectáculo y tu oído el eco de los piropos con que la galantería callejera saluda el paso de la mujer.

A propósito: no dejes de enviarme el concurso de piropos que promovió A. B. C., como ofrenda de la musa cortesana á la reina gentil. ¡Pobre soberana de veinte años que ha sentido los rugidos de la anarquía dominando las entusiastas aclamaciones de bienvenida, que ha visto manchada de sangre la albura de su traje nupcial y que sabe que las bombas de dinamita se ocultan bajo las flores! Cuántos temores la habrán agitado durante el bautizo y la presentación á la Virgen de Atocha del regimiento, que quizás está llamado á devolver todo su esplendor al viejo trono ibérico ó quizás á verlo abatido para siempre, por la fuerza incontrastable de la idea republicana.

Por el cable sé ya que ningún acontecimiento funesto ha turbado las fiestas del Principito de Asturias; ahora espero tus cartas, nutridas de detalles y del efecto que te ha causado la árcana pompa monárquica. ¿Te sobresaltaba la idea de un atentado como el de la calle Mayor, ó serena y sonriente, posabas aquí y allá tus lindos ojos curiosos? En espera de un relato minucioso, te abraza cariñosamente tu amiga

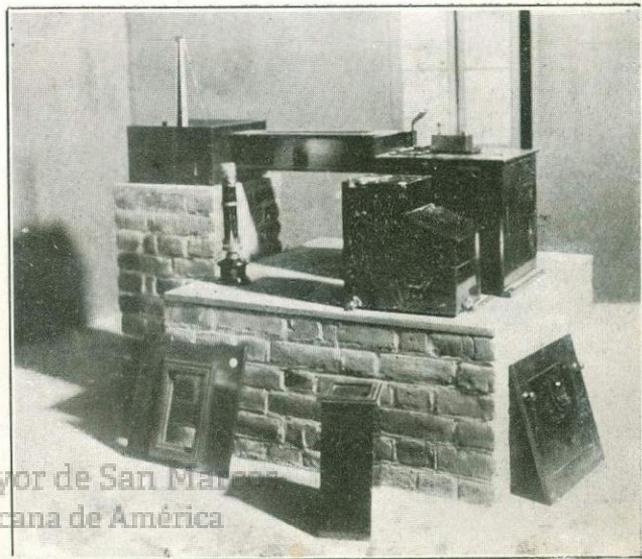
ARACELI.



El terremoto de Valdivia

REGISTRADO POR EL SISMOGRAFO
DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA

1 El terremoto.—2 Pabellón en el que está instalado el aparato.—3 Señor Hope Jones.—4 El sismografo.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Notas Hípicas

EL GRAN PREMIO 'COMERCIO'

¡EFENEMOS, indudablemente, en este año sportivo de 1907, una alegre temporada de carreras, fomentada por el Jockey Club con un tino delicado y saludable; y nada más satisfactorio, en esta prestigiosa etapa de renovación y de progreso hípicas, que el espíritu de unión y de mutuo apoyo que mantienen hoy nuestro studs, que aleja de sus luchas toda susceptibilidad picante y enojosa permitiéndoles marcar serios rumbos á la afición y crear vínculos, de franco y leal compañerismo, que hacen igualmente gratas todas las victorias é igualmente sensibles todas las derrotas.

La revancha de "Llano", predicha por nosotros, no se ha hecho esperar mucho tiempo. El altivo hijo de "Milleniun", que se presentó en nuestras pistas con unos perforances tan honorables, como los que traía de la Argentina, no podía resignarse á ocupar eternamente el insignificante lugar á que, una mala estrella implacable, lo había relegado, en dos reuniones consecutivas de carreras; y así como fué ruidosamente vencido en el gran premio del Jockey Club de Buenos Aires, así, ruidosamente también, volvió el domingo, en un premio no menos importante, á recobrar y enaltecer, en un decisivo y arrogante desquite, entre sinceras y prolongadas ovaciones, su color abandonado, su punto perdido.

Levantadas las cintas de la partida, en las precisas circunstancias en las que acostumbra hacerlas siempre el starter interino señor Enrique D. Barreda, "Ventarron" y "Dandy" tomaron la dirección del lote con un training fuerte y rápido, seguidos á lo lejos por "Llano" y "Gigoló", continuándose así el resto de la carrera, sin mayores variaciones sólo se destacaba, el amplio y tranquilo galope del pupilo del Stud Cayalti, que admirablemente manejado por Diaz, sin el tosco freno argentino, que avanzaba, vigoroso y confiado, en una acción-desenvuelta. Al llegar á la última curva se inició la atropellada emocionante y definitiva. "Llano" que corría contenido, soltado oportunamente por su jockey, se adelantó entonces y con grandes bríos dió el último ataque, que lo llevó á la victoria, sostenido á su vez, por "Gigoló", que sólo consiguió colocarse segundo á un cuerpo del vencedor.

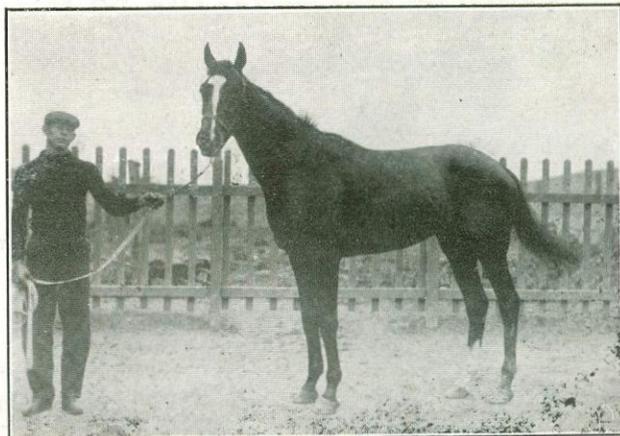
Tal ha sido á grandes rasgos la manera general como se realizó la clásica prueba, una de las más interesantes, que se han corrido en Santa Beatriz, tanto por la calidad y número de los animales, que tomaron parte en ella, cuanto por el inmenso interés que habia despertado en el público.

La prensa unánimemente habia excluido de los favoritos á los representantes del Stud Cayalti. Pero dados los antecedentes, así como eran discretos los pronósticos á favor del Stud Bonheur era en cambio aventurado elevar á "Vent arriere" sobre "Llano" condenandolo á un olvido injusto.

"Llano habia progresado en su preración: estaba más igual y más alegre de mirada. La monta por otra parte era intachable. En tales condiciones se presentaba con muchas probabilidades á su favor.

"Gigoló", el ganador del Clásico Argentino, se presentó á su vez, en un estado inmejorable sólo que en lugar de ser corrido por Cerda lo fué por el segundo jinete del stud. ¿A que obedecía esa combinación de las montas? Pudieron creer sus propietarios que "Ventarron" llegaría á obtener, el gran premio, á despecho de animales de la talla de "Gigoló" y de "Llano"? Parece que sí, y que no sólo ellos sino el mismo Cerda ilucinados, sin duda, por el poco y ligerísimo peso que llevaba, creyeron obtener con el viejo campeón una victoria doblemente meritoria y sensacional. Se equivocaron desgraciadamente y el resultado ha venido á probarles, de una manera inevitable, lo contrario; ¿pero hasta Edmond Blanc no sufrió una derrota semejante, en un día memorable? El también dejó que su jockey Stern escogiera, entre los dos hijos de Flinx Fox, al que debía representarlo en el Derby de Epsom de 1905; y el célebre jinete prefirió á "Jardy" sobre "Val d'or", que se quedó en Francia, contiaando su temporada de carreras.

El 31 de mayo se efectuó la gran prueba y "Jardy" fué vencido por "Cicero". Poco después, "Val d'or" enviado especialmente á Inglaterra, á vengar la derrota del naranja, obtuvo en efecto, en gran estilo, una notable victoria sobre el ganador de Derby, el 21 de julio, en el premio Eclipse Stakes. Como se ve pues hay una evidente analogía entre el Derby de 1905 y el Comercio de Santa Beatriz del último domingo; condescendencias



"Llano", potrillo castaño F. S. 3a. por "Milleniun" y "Tenebresse" del Stud Cayalti, perteneciente á los señores Aspillaga, ganador del clásico Comercio.—Preparador J. Casella.—Jockey R. Diaz.

de los propietarios y perjudiciales simpatías de los jockeys por determinados animales. Ante ambos resultados las preguntas se hacen comentarios más persistentes y los más inciertos. ¿Si Stern hubiera montado á "Val d'or", Maher habría triunfado con "Cicero"?; la respuesta es indescifrable. ¿Si Cerda hubiera gineado á "Gigoló", Diaz habría ganado, tan fácilmente, con "Llano"?; esta respuesta nos la dará mañana, con grandes emociones, el Clásico Invierno.

Lo cierto es que "Ventarron" no pudo resistir el esfuerzo de caballos como "Llano" y "Gigoló"; y que este último, muy confiado, hizo una atropellada magistral, pero tardía, que en otra oportunidad habría arrancado muchas voces de aliento de las tribunas, habría suscitado muy intensas y hondas sensaciones y hasta habría llegado, á perturbar la suave victoria del vencedor.

Las demás pruebas del programa estuvieron á la altura de la fiesta. Dos matches interesantísimos en los premios Caliban y Rimac, que nos hizo recordar el uno, con la reaparición de "Quidora", á dos antiguos y queridos amigos nuestros, decididos y entusiastas spormen, que la importaron acompañada de "Visión", en una época, ya distante, en que alimentábamos muy risueñas esperanzas para el Stud Niver Mind; y la otra que nos hizo aplaudir con verdadera satisfacción el espléndido triunfo de Benites en "Atenta", aumentado, más tarde, con el otro muy importante también en "Medoc" donde los tres caballos, como los cuatro, que tomaron parte en el anterior premio Cuspe, llegaron casi juntos á la meta, comprobando la igualdad de los handicaps del señor Alfonso Heudebert.

Las carreras del 16, han sido así, de las más interesantes y correctas que se han realizado en estos últimos tiempos, dejando en el ánimo de todos los concurrentes muy agradables impresiones, que esperamos reanudar el próximo domingo con encuentros tan discutidos como los que forman su programa. Para no pecar de indiscretos ni inconstantes en el clásico Invierno, nos inclinamos ante el Dios éxito, tan sugestivo é imponente, y presentándole el obligado tributo de nuestro homenaje y adhesión, indicamos favorito al hijo de "Milleniun".

Mis preferidos en las carreras de mañana son:

- En los 1,300 metros: Tip-Top.
- En los 1,400 metros: El Stud Iquique.
- En los 2,000 metros: Llano.
- En los 1,200 metros: Honor y Sorpresa.
- En los 1,000 metros: Tarapacá y Dooftul.

JIP.

MODAS



VESTIDO DE PASEO, por Laferriere



TOILETTE DE PASEO

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CRONICA DE LA SEMANA

Nuestra información gráfica

En el parque municipal situado en la plazuela de la exposición, se ha instalado como dependencia de la progresista Sociedad Geográfica, el primer aparato sismógrafo de importancia científica que se trae al Perú. Este aparato es del sistema más perfecto que construyen las casas europeas y el que ha tenido la preferencia en los principales observatorios y estaciones sismográficas del mundo. En él quedan registrados, con la indicación de la hora en que se realizan y su duración, los movimientos de la tierra, desde el temblorcillo insignificante que apenas si alarmaría á una hormiga hasta los grandes cataclismos que destruyen ciudades y regiones. El registro se hace por medio de un rayo finísimo de luz que cae en el centro de una cinta de papel sensible, que se desenrolla con regularidad isócrona. El menor movimiento de la tierra repercute en una fina palanca, una de cuyas extremidades está en contacto con el suelo, produciendo desviaciones en el rayo de luz y por consiguiente desviaciones en la línea que el rayo dibuja en la cinta. El aparato de la Sociedad Geográfica no sólo registra las vibraciones ondulatorias sino los movimientos rectos ó repeticiones trasversales, de manera que la simple inspección de la cinta cuando acusa un temblor, basta para determinar la naturaleza del movimiento. En el pedazo de cinta que reproduce el grabado está el primer terremoto registrado por el aparato, es el terremoto de Valdivia que se realizó el 13 del actual. El grabado está ampliado á doble tamaño así como la escala, en la que cada división corresponde á un minuto; según esto podrá verse que los movimientos de tierra que produjeron la destrucción de gran parte de la ciudad de Valdivia han durado al redor de cuarenta y cinco minutos. En la parte superior é inferior de la cinta hay unas divisiones correspondientes á un espacio de una hora.

El señor Hope Jones, alto empleado de la casa Grace,



Sr. WILLIAM R. SHEPHERD Foto Moral.
Profesor de la Universidad de Columbia



BANQUETE AL Sr. MARSHALL

Foto. Valverde

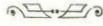
ha sido el instalador del aparato y encargado por la sociedad de su cuidado y estudio.

Publicamos una vista del aparato, otra del local y un retrato del señor Jones para completar nuestra información.

El martes de la semana que termina contrajo matrimonio el señor Ernesto Marshall con la señorita Winifred Simpson, ambos pertenecientes á distinguidas familias inglesas y muy bien relacionados en nuestra sociedad. Pocos días antes los amigos del señor Marshall le ofrecieron una comida de despedida de la soltería en que reinó alegría cordial. Nuestro fotógrafo tomó la vista que publicamos.

A fines de la pasada semana falleció en Lima el estimado caballero don Manuel Camino. Era el señor Cami-

no uno de los propietarios del molino de Santa Clara, y con su infatigable laboriosidad y su clara inteligencia había hecho prosperar ese establecimiento industrial. El difunto caballero era padre de nuestro colaborador señor don Carlos Camino Calderón á quien PRISMA da su más sentido pésame.



Constantemente ciudadanos ilustres de la gran república del Norte, hacen paseos de estudios ó curiosidad por estas repúblicas de Sud América en las que las ciencias tienen mucho que investigar y muchos problemas étnicos, arqueológicos é históricos que resolver. Y seguramente que en los institutos de Estados Unidos se saben de estas cosas mucho más de lo que sabemos nosotros. El señor William R. Shepherd, profesor de la Universidad, de Colombia está recorriendo las repúblicas del Pacífico en viaje de vacaciones y tomando notas que han de ser interesantes dada su gran reputación de hombre de estudio. El gobierno de los Estados Unidos apreciador de la competencia histórica del señor Shepherd le comisionó para que estudiara en los archivos de España los documentos relativos á la colonización de Estados Unidos, logrando el señor Shepherd revisar y catalogar más de medio millón de documentos. Actualmente está en Lima y de aquí seguirá viaje á las demás ciudades históricas importantes del sur del Perú.



✠ Sr. Manuel Camino

Foto. Courret

“A través de un prisma”

Esta semana no ha tenido *clou*. El asunto Bauer que era el tema de las charlas de todos, es ya un punto *demo-dé*, porque el vocal llamado á decidir si las hazañas llevadas á cabo por el beatificable—según el triple doctor Fariña—don Gustavo Bauer eran suficientemente sospechosas como para justificar su detención en el chalet almenado de Guadalupe, ha declarado que según su leal saber y honrado entender de vocal dirimente creía que bien se estaba don Gustavo en el lugar donde se le alojaba, tanto más cuanto que no le está prohibido allí el fumar los kilométricos puros de costumbre, ni el entregarse á la meditación sobre las más trascendentales operaciones bancarias. Y así como el vocal deja tranquilo á don Gustavo, así también su aventura y su defensa ha dejado de ser la comidilla de todos. La banalidad necesaria de los rigores del tiempo es el tema obligado, porque efectivamente se siente en estos días un friecillo húmedo y desapacible que nos tiene á todos inquietos. El reuma y los catarros son los amos actuales de nuestros huesos y de nuestras narices. Todo el mundo está con la *influenza* y hasta la compañía que actúa en el Olimpo tuvo que suspender sus funciones porque una triple se le influenció, un partiquino cayó con el reuma, el barítono se acatarró y al tenor se le veló la voz. Pero quienes parece que no se acatarran son los japoneses. Ese pueblo de hombrecillos risueños y corteses, que parecía de aspiraciones tan pequeñas como la estatura y los ojos de sus hombres, es hoy una de las potencias más terribles del mundo y uno de los mayores peligros para la paz y para el porvenir de las naciones civilizadas. Los sociólogos han convenido en dividir el mundo en tres categorías de pueblos, los civilizados, los semi-bárbaros y los bárbaros. Y según las leyes de la lógica suponían que las dos últimas categorías de pueblos estaban destinadas á servir de alimento y expansión de los primeros; y su vida y su autonomía actual no eran sino una graciosa concesión, que tendría su límite en las necesidades del futuro. El Japón, la China, las repúblicas de América y la Turquía eran los pejes chicos que la Providencia siempre bondadosa reservaba á las hambrunas de expansión que guardan los siglos á la civilizada Europa en épocas futuras. Pero héte aquí que los esfuerzos de un pueblo de pequeños hombres han volcado el pastel, y tergiversa-

do completamente las previsiones y augurios de la sociología: los Estados Unidos y la América del Sur y la Europa misma son los manjares que el Japón en sus ensueños de grandeza saborea hoy una vez que ha saboreado y dijido el manjar de la civilización occidental. El Japón después de vencer á Rusia sueña en aporrear á los Estados Unidos, mientras manda observadores á la América del Sur y siembra con su emigración de subditos en este continente los pretextos para intervenciones futuras. Desde la paz con Rusia, hecha como los Estados Unidos querían, el Japón, el pueblo japonés, que á pesar de sus pequeños ojos vé lejos, ha comprendido que sus victorias no le han dado frutos positivos y que esto fué debido á la hábil intervención de Mr. Roosevelt. Y desde entonces hay un sordo rencor y una odiosidad subterránea para los Estados Unidos en quienes la solidaridad de la raza blanca ha podido más que la ligera admiración que les hizo simpatizar por un momento con los japoneses durante campaña. Y desde entonces la paz entre el Japón y los Estados Unidos ha peligrado constantemente. A la primitiva simpatía ó interés ha sucedido en los yankees un orgulloso desdén cuyas consecuencias no sería extraño que se palparan trágicamente.

Primero la expulsión de los niños japoneses de las escuelas de niños blancos en San Francisco, y hoy una reciente pedrea de nipones en otra ciudad de la Unión han puesto en muy tirante condición las relaciones de los dos países haciendo presumir que una tercera circunstancia un poquito más grave, dado el estado de los ánimos, encienda la guerra, la guerra más sangrienta que hayan visto los siglos, porque no hay seres más familiarizados, casi enamorados de la muerte, que esos demonios de hombrecillos de ojos diminutos y cuerpecillos de impúberes, y á su vez no hay seres, más llenos de recursos científicos para matar que esos demonios de yankees. Sólo que á veces los que vencen son no los que saben matar sino los que saben morir. Y si esto sucediera en el caso de una nipon-yankee ipobre Perú, pobre América del Sur, que no cuentan para defenderse eficazmente de la avalancha de hombrecillos amarillos, más que con los torzudos bíceps de papa Sam!

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Y, tomando un cortaplumas, descosió el forro de su americana, de donde sacó unos papeles.

---Toma, dijo alargándomelos; aquí tienes setecientos mil francos de letras sobre Londres y París; encárgate de cobrarlas.

---Muy bien, querido tío, respondí. Y ¿qué desca usted que haga con esta suma?

---Eso es cosa tuya, muchacho. Ya supendrás que, puesto que has heredado, no voy á meterme en esas cosas.

---Por lo menos puede usted darme un consejo.

---En ese caso, hijo mío, sería yo el que me fastidiase de todos modos... Déjate de músicas y guárdalos... Eso te servirá para que me des dinero para mis gastos menudos. Dicho esto se acostó, le di las buenas noches y ya iba yo á salir, cuando me llamó de nuevo.

---Oye, Andrés, escribe mañana al notario, que venga.

---¡Ah! repliqué, al fin cede usted.

---¡No cedo en nada! exclamó con el tono más resuelto. Sólo que quiero saber lo que ha sido de mis camellos... Figúrate que yo tenía intención de regalarlos á la Sociedad zoológica. Por lo tanto es preciso que los encuentre... Buenas noches.

IX

Seguramente, querido Luis, sería hacerte una injuria gratuita el llamarte la atención acerca de lo raro de los acontecimientos que nos suceden desde hace cuatro meses. No creo que mortal alguno haya pasado jamás por peripecias más originales. La fúnebre misiva del notario, mi instalación en Ferouzat, el testamento de mi tío, un harén que me cae como llovido del cielo, la toma de posesión definitiva de mi herencia y, por coronamiento y remate, el regreso del difunto. Estoy seguro de que no me negarás que hay en todo esto incidentes con que no tropieza uno de todos los días. Sin embargo, si deseas conocer mi sentir, te confesaré que todo no me parece actualmente otra cosa que lo *lo necesario* y lo *contingente* filosóficos en su expresión más sencilla. Hasta sostendría que no podría ser de otra manera, tratándose del sobrino de mi tío, porque sería desconocer los más elementales principios de la lógica el admirarse de algunas insignificantes aventuras desde el momento en que Barbassou baja figura como *causa primera*. El *substrato* de mi tío obra tan poderosamente sobre mi destino, que parecería enteramente paradójico, en sentir mío, suponer que las cosas pueden sucederme como á cualquier mortal. Deja pues de asombrarte de algunas particularidades extrañas y que apenas son lo bastante excéntricas para embotar á un espíritu mezquino. Semejante á esos planetas errantes que se desvían á veces de su camino, me muevo en torno de este astro sorprendente que se llama Barbassou baja y me arrastra en su órbita extravagante. A despecho de una vana apariencia de complicación romántica, te desafío á que encuentres en todos los sencillos sucesos que te he refe-



rido el menor átomo de inconsecuencia. Todo se haya ligado entre sí por los medios más naturales y por las más vulgares pre-

visiones del buen sentido. Deja pues de maravillarte so pena de descender al último grado de mi estima.

Sentado pues que soy el sobrino de mi tío, vuelvo al resumen de mi situación. A saber: mi difunto había resucitado, pero pretendía conservar sus ventajas de difunto, obligándome á quedarme en posesión de su herencia, y yo acababa de darle las buenas noches, mientras que él pensaba en sus camellos... No puede darse nada menos complicado. Si todo esto no se halla estrictamente conforme con el carácter de Barbassou, que venga Dios y lo vea. Sin embargo, este día, señalado por su regreso, debía dar lugar á incidentes de alguna importancia.

Acababa de separarme de mi tío, y me dirigía hacia la biblioteca para escribir al notario, cuando Francisco me anunció que una mujer de Kasr me estaba aguardando desde hacía una hora.

De vez en cuando venía al castillo una de las mujeres griegas, ya para algún recado, ya para pedirme órdenes. Comprendí inmediatamente que, no habiéndome visto ni durante el día, ni durante la velada, mis animalitos, inquietos, deseaban tener noticias mías. Me dirigí á mi habitación, donde me dijo Francisco que estaba. Al entrar la ví de pie, inmóvil cerca de la ventana, envuelta en su gran velo obscuro. Pero apenas hube cerrado la puerta, cuando de pronto oí gritos y sollozos. Cayó el

velo y reconocí á Konyé-Gul que se abalanzó á mi cuello, dando muestras de la mayor desesperación.

---¡Cómo! ¿eres tú? le dije. ¿Cómo has venido?...

Anhelante, ahogada por los sollozos, no pudo responderme. Adiviné más bien que oí las siguientes palabras:

---¡Me he escapado! ¡Vengo á morir contigo!

---¡Pero estás loca, loca rematada! exclamé. ¿A qué viene eso de morir?...

¿Qué ha pasado?

---¡Oh! lo sabemos todo, repuso. ¡Barbassou baja ha vuelto!... ¡Es terrible!... ¡va á matarte y á nosotras también, y á Mohamed!

Y, casi delirante, se agarraba á mí con todas sus fuerzas, como si ya se viese amenazada de muerte.

---¡Pero criatura! le dije. Todo eso no tiene pies ni cabeza. ¿Quién te ha contado esta historia?

---Mohamed... ha sabido el regreso del baja y se ha escondido.

---Pero si mi tío es más bueno que el pan; me adora y no piensa siquiera en veros; su regreso no cambiará en nada nuestro modo de vivir.

Al verme tan tranquilo, empezó á serenarse; sin embargo estaba demasiado imbuída en las ideas turcas para admitir desde luego semejante infracción de los usos y costumbres.

---En ese caso, dijo enjugándose las lágrimas, ¿no matará más que á Mohamed?

---Ni siquiera á Mohamed. Mohamed es un cobardón á quien diré mañana cuántas son cinco, para que no os vaya más con semejantes historias.

---¿De veras? repuso; ¿sólo recibirá una paliza?

(Continúa.)